TESTIMONIO DEL DOCTOR FEROH SHIDUA. Abril de 2024

Discurso ante la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas del cirujano traumatólogo estadounidense Dr. Feroze Sidhwa, quien ofreció un relato de primera mano del colapso del sistema de salud de Gaza, basándose en sus dos misiones médicas a Khan Younis.

Mi nombre es Feroze Sidhwa. Fui voluntario en Gaza. Primero, en el Hospital Europeo del 25 de marzo al 8 de abril del año pasado, el Complejo Médico Nasser del 6 de marzo al 1 de abril de 2025. Ambos se encuentran en la ciudad de Kununas. Soy médico y doy testimonio de la destrucción deliberada de un sistema de salud, de los ataques a mis propios colegas y de la destrucción de un pueblo. La constitución de la Organización Mundial de la Salud establece que la salud de todos los pueblos es fundamental para el logro de la paz y la seguridad, y depende de la plena cooperación de las personas y los Estados. En Gaza, operé en hospitales hacinados sin esterilidad, sin electricidad y sin anestesia. Las cirugías se llevaban a cabo en suelos sucios y abarrotados. Las niñas y niños murieron no porque sus heridas fueran incurables, sino porque carecíamos de sangre, antibióticos y de los suministros más básicos que se pueden encontrar en cualquier gran hospital en cualquier otro lugar del mundo. No vi ni traté a un solo combatiente durante mis cinco semanas en Gaza. Mis pacientes eran niñas y niños de seis años con metralla en el corazón y balas en el cerebro y mujeres embarazadas cuyas pelvis habían sido obliteradas y sus fetos cortados en dos mientras aún estaban en el útero.

Madres que se refugiaban en el hospital cocinaban pan en platos calientes en el departamento de urgencias durante los ataques con víctimas masivas, mientras lidiábamos con el reino del fuego y la muerte que caía a nuestro alrededor por todas partes.

Señor Presidente, los cimientos de la vida en Gaza, la salud familiar y la comunidad han sido destrozados. El sistema médico no ha fallado. Ha sido desmantelado sistemáticamente mediante una campaña militar sostenida que ha violado deliberadamente el derecho internacional humanitario. La población civil ahora muere no solo por los constantes ataques aéreos, sino también por desnutrición aguda, sepsis, exposición y desesperación. Entre mis dos visitas a Gaza, presencié un fuerte deterioro en la salud de los pacientes, impulsado no solo por las lesiones, sino por el empeoramiento del hambre y la desnutrición que debilitaron sus cuerpos, sus heridas tardaron más en sanar y su supervivencia fue mucho menos segura. Y no olvidemos que esta es una catástrofe provocada deliberadamente. Es totalmente prevenible. Participar en ella o no, permitir que suceda, es una elección. Es una negación deliberada de las condiciones necesarias para la vida: alimento, refugio, agua y medicinas. Prevenir el genocidio significa negarse a normalizar estas atrocidades. Significa negarse a deshumanizar a los palestinos, negarse a verlos como calorías contadas o números de camiones transportados. Ahora vemos que esta forma de pensar ha provocado una crisis de dignidad humana, con un pueblo entero al borde de la supervivencia. El 18 de marzo, Israel violó el alto el fuego. Ese día presencié el incidente con más víctimas de mi carrera en el Complejo Médico Nasser. Una mañana, llegaron 221 pacientes con traumatismos, 90 de ellos muertos al llegar. Casi la mitad eran niñas y niños gravemente heridos.

Ningún sistema de salud del planeta podría hacer frente a esta situación, y menos aún uno que se encuentra asediado y privado de suministros. Los hospitales están destinados a ser santuarios. Se supone que el personal sanitario debe estar protegido. Se supone que las niñas y los niños deben estar protegidos. En Gaza, estas protecciones simplemente desaparecen. Cada día se borra la distinción entre combatientes y civiles. La mayoría de mis pacientes eran pre adolescentes, cuyos cuerpos habían sido destrozados por explosivos y destrozados por metales que salían despedidos. Muchos murieron. Los que sobrevivieron a menudo se despertaban y encontraban a sus familias enteras desaparecidas.

El año pasado publiqué en el New York Times una encuesta a 65 trabajadores de la salud estadounidenses que habían servido en Gaza. El 83% de ellos reportó haber visto a niños con disparos en la cabeza o el pecho. Personalmente, traté 13 casos de este tipo en mis dos semanas en el Hospital Europeo. Según la Alianza Warchild, casi la mitad de las niñas y niños de Gaza son suicidas. Preguntan: "¿Por qué no morí con mi hermana, mi madre, mi padre?". Por el extremismo, pero por un dolor insoportable, me pregunto si algún miembro de este consejo ha conocido alguna vez a un niño de 5 años que ya no quiera vivir, y mucho menos imaginar una sociedad en la que tantos niños y niñas pequeñas se sientan así. Y lo que me asombra no es que hayan perdido las ganas de vivir, sino que aún haya quienes se aferren a la esperanza. Mis amigos palestinos, en su mayoría trabajadores sanitarios, ya no hablan de resiliencia ni siquiera de supervivencia. Los padres memorizan la ropa de sus hijos por si tienen que identificar sus restos más tarde. Rezan por un trozo de pan para dárselo antes de dormir para que sus hijos mueran con menos hambre si los matan de noche.